

Como el oscuro cofre cae al mar,
así los nueve libros de tu cuerpo.

Regresan los soldados, cantan.

Mi manto es púrpura,
en la casa silencio y oleaje:
una tinaja arrojada con fuerza.

Nieves Chillón, *La canción de Penélope*

Esta noche mi cuerpo son dos lunas
tendido junto al dios metamorfoseado en brisa:
no existe centinela ni muralla
porque su cuerpo es sándalo.

¿Quién puede reprocharnos
ser ofrenda divina cada noche,
arder en sacrificio de amor con condiciones,
satisfacer sagradas voluntades
y que nos sean propicias,
si nos mueve el amor y la promesa
de una espera más dulce
y un regreso más cierto?

Hay días que sonrío al contemplarme.

Nieves Chillón, *La canción de Penélope*

Aristos me embriagó de rojo vino

y también de palabras.

Hay resaca de mar en mi cabeza.

Nieves Chillón, *La canción de Penélope*

Ya vuelven los navíos victoriosos
como un caballo negro por la orilla.

No existen laberintos imposibles
tan sólo perspectivas incorrectas.

Arrojamos los muertos a las olas,
hicimos más amable la agonía,
reímos en la ausencia.

Hoy vuelven los navíos victoriosos.
Se derrama de gozo el mediodía.

Nieves Chillón, *La canción de Penélope*

Con el último hilo
se desvanece el alba
de una duda, en mis pies
deslavazada.

Quién sabe si mañana
de duda vestiré mi desconsuelo
para no dudar más,
y seguiré el camino
del pájaro sin mundo,
la línea aparentemente recta que dibuja
sin detenerse en rectificaciones.

Hoy me visto de días y de noches:
ovillo y sal y brújula,
la rosa de los vientos en el párpado,
y el alfiler azul del horizonte
por toda carta de navegación.

Nieves Chillón, *La canción de Penélope*